

EL ÁRBOL Y LOS FRUTOS

En tiempos de apropiación de colores y de apostasía colectiva a los católicos nos corresponde reconocer nuestros errores y arrepentirnos de nuestros pecados. Más aún cuando algunos de estos pecados son delitos y la justicia penal ha de pronunciar su veredicto. Hemos de hacer también un ejercicio de honesta autocrítica y de sincera conversión. Nuestra experiencia religiosa y las instituciones que históricamente la visibilizan, ¿tienen que ver con Jesús de Nazaret y su Evangelio? ¿O serán más afines a los escribas y fariseos con quienes él polemizaba?

Lo que con razón se nos reprocha atañe a la vida de personas dañadas –con frecuencia destruidas– por los desmanes de algunos de nuestros clérigos. Aun cuando fueren pocos siempre serán demasiados. Hace años, en momentos en los que varios movimientos clericales prosperaban con abundante número de seminaristas, se argumentaba frente a quienes veían cómo sus seminarios mermaban considerablemente que aquello era un signo de la providencia divina, porque Dios bendice con vocaciones abundantes a quienes en su Iglesia le son fieles. No se hacía la distinción entre «seminaristas» y «vocaciones», entre el número de candidatos y la elección de los mismos. «Muchos son los llamados, pocos los elegidos», decía Jesús de Nazaret (*Mateo* 22,14). Tampoco esto se discernía.

En la misma Iglesia Católica muchos sufrieron la desconsideración de quienes les reprochaban con desdén que estaban fuera de la ortodoxia, por el simple hecho de proponer otros modos de formación en los seminarios y de vida para el clero. Hoy cargan todos los clérigos con la sospecha sobre la vivencia sincera del celibato, en ocasiones con la duda sobre si serán o no curas pedófilos. Esto sin que muchos de ellos tengan que ver en eso y sí varios de los que otrora los ningunearon.

También me parece que se dan otros intereses. Con frecuencia la publicidad de los hechos aberrantes de los clérigos se generaliza, como si todos o la mayoría hicieran lo mismo. Que la Iglesia Católica tenga un Papa que toca situaciones relacionadas con el manejo del mundo y ponga en cuestión «el fetichismo del dinero», «la dictadura de la economía sin un rostro y sin un objetivo verdaderamente humano», «la grave carencia de su orientación antropológica»... provoca la reacción de quienes no tienen ningún interés en que esto cambie, aprovechando la coyuntura para proponer –sin explicitarlo– que en este mundo hay quienes sobran, es decir, son descartables. Esperando que se vayan muchos de los que están, es mejor que otros no vengan. Para que todo sea mejor siendo en realidad lo mismo hemos de procurar –entre otras cosas– desacreditar a los molestos. Pocos aprecian, quizá porque no lo sepan (o tal vez sí), que el Papa Francisco ha sido y continúa siendo reprochado por varios de cuyas miserias se lo pretende responsabilizar.

¿Quién se acuerda de las palabras de Eduardo Galeano en *Las venas abiertas de América Latina* (Siglo XXI, Buenos Aires 2004, 76ªed.), cuya primera edición es de 1971? «El sistema no ha previsto esta pequeña molestia: lo que sobra es gente. Y la gente se reproduce. Se hace el amor con entusiasmo y sin precauciones. Cada vez queda más gente a la vera del camino, sin trabajo en el campo, donde el latifundio reina con sus gigantescos eriales, y sin trabajo en la ciudad, donde reinan las máquinas: el sistema vomita hombres. Las misiones norteamericanas esterilizan masivamente mujeres y siembran

píldoras, diafragmas, espirales, preservativos y almanaques marcados, pero cosechan niños; porfiadamente, los niños latinoamericanos continúan naciendo, reivindicando su derecho natural a obtener un sitio bajo el sol en estas tierras espléndidas que podrían brindar a todos lo que a casi todos niegan» (p. 19). El sistema es muy *racional* desde el punto de vista de los dueños y patrones, pero es completamente *irracional* para los demás, la mayoría empleados, peones y desocupados (cf. P. 18): «se extiende la pobreza y se concentra la riqueza en esta región que cuenta con inmensas legiones de brazos caídos que se multiplican sin descanso» (p. 19).

No hace tanto que Pilar Zabala, diputada de un partido político de izquierda en España, abandonaba su lugar en el parlamento por los siguientes motivos: «La política no es un servicio público honesto ni beneficioso para la sociedad». «No me siento cómoda. Debería ser un oficio dedicado a servir a los demás y al ver que no es así, se sufre». «Hoy se hace política para criticar, para desgastar al adversario, para desprestigiar a las personas, y yo vine a humanizar la política. A mí no me gusta hablar mal de nadie. No conduce a nada». La política ha de intentar «conseguir un beneficio para la ciudadanía». «Pero no se pueden permitir las malas prácticas, el clientelismo y el enchufismo [favoritismo]». No elude reconocer que también en el espacio político del que participa hay «gente muy honesta» (<http://www.elmundo.es/pais-vasco/2018/08/11/5b6de1fa46163fceb8b458f.html>).

Cada tanto se reitera el eslogan «¡que se vayan todos!», referido a quienes desempeñan cargos públicos direccionados desde la política partidaria. *Mutatis mutandis*, es decir, cambiando lo que se deba cambiar, ¿tendrán que abandonar la Iglesia los buenos católicos para ser verdaderamente cristianos? «¿También ustedes quieren irse?», preguntaba Jesús a los pocos discípulos que le quedaron después de dar a conocer las condiciones de su seguimiento (*Juan* 6, 67). Siempre es necesario que los católicos atendamos al Jesús que nos cuestiona. Porque, como confesaba Simón Pedro, sus palabras «están llenas de eternidad» (*Juan* 6, 69), de esa vida en abundancia que puede regenerar la nuestra.

Concepción Arenal (1820-1893), escritora española considerada pionera del feminismo, publicó en 1875 un texto titulado *La cuestión social: cartas a un señor* (Editorial Vizcaína, Bilbao 1908). Desde el catolicismo en el que profesaba la fe en Jesucristo y refiriéndose a su religión, decía que ésta «no es precepto que se invoca cuando conviene, sino que se practica siempre; es la aspiración a perfeccionarse, es la Justicia, es el Amor, es la unión íntima con el espíritu de Dios, que le eleva y le sostiene en la desgracia y en la prosperidad». Tampoco «consiste en fórmulas exteriores, en prácticas casi mecánicas, en palabras cuyo sentido se ignora o se olvida, en preceptos que verbalmente se repiten, pero que prácticamente se quebrantan». No se trata solamente de «confesar artículos de fe y practicar ceremonias de culto». A la persona religiosa «no le basta ir al templo: es necesario que lleve altar en su corazón, y allí, en lo íntimo, en lo *escondido*, ofrezca sus obras a Dios, como homenaje, no como una profanación y un insulto. Cuando llega la noche y examina en su conciencia cómo ha empleado el día, si no ha evitado *todo* el mal que en su mano estaba evitar, si no ha hecho *todo* el bien que pudo hacer, no puede decir con verdad *he cumplido mis deberes religiosos*».

Citando la frase de Jesús «El árbol se conoce por sus frutos» (*Lucas* 6, 44), comentaba: «¿Cuál es el de ese árbol que parece vivo porque está en pie, que

parece muerto porque no da fruto? ¿Cuál es el de esa religión que llena simultáneamente los templos, las orgías, las casas de expósitos, de juego, de prostitución, los presidios, y las calles y las plazas de gente que debería estar en ellos? La corrupción de las costumbres llega al punto de que la deshonestidad no escandaliza; la desenfrenada afición al juego, en vez de perseguirse, se explota; la vanidad despliega su lujo ante la miseria sin ningún miramiento; el egoísmo, bajo todas sus formas, se ostenta del modo más cínico; la usura es tan general, que el usurero no atrae sobre sí el desprecio que merece, ni aun se llama por su nombre; la apropiación de lo ajeno es tan general, que se hace impunemente si se trata de la hacienda pública, y de la privada muchas veces, y lejos de señalarse con el dedo a los que se enriquecen contra conciencia, se notan los que la tienen porque son muy raros y si no se desdeñan, no se respetan tampoco... La honra y la vida no se respetan más que la hacienda, y la procacidad en el hablar se iguala a la cruel prontitud en el herir».

Finalmente lamentaba: «la timidez apática del bien, la insolente audacia del mal, la virtud que no se honra, la perversidad que no se anatematiza, el dolor que no se compadece, las costumbres babilónicas, todo, en fin, ¿no está diciendo que no se comprende o no se practica la religión de Jesucristo, y que no se adora a Dios en espíritu y en verdad?» (pp. 28-29).

En tiempos de apropiación de colores y de apostasía colectiva yo, católico, deseo que me ayuden a realizar un honesto ejercicio de autocrítica y de sincera conversión. Pido también el consejo de quienes, desde otras iglesias y religiones o sin ser creyentes, tienen aprecio por el Nazareno y su propuesta. Mi experiencia religiosa -que ustedes constatarán por mis obras- y la institución de la que formo parte, ¿tienen que ver con Jesús y su Evangelio? ¿O estaré más cerca de los escribas y fariseos con quienes él polemizaba? ¿Seré uno de ellos? Gracias.

*José Demetrio Jiménez, OSA
Obispo de la Prelatura de Cafayate
Septiembre 2018*